

# CHRISTIAN JACQ

## EL ÚLTIMO SUEÑO DE CLEOPATRA



# EL ÚLTIMO SUEÑO DE CLEOPATRA

CHRISTIAN JACQ

Traducción de Juan Camargo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Le Dernier Rêve de Cléopâtre*

© XO Éditions, 2012

© por la traducción, Juan Camargo, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Mapas del interior:

Pág. 8: Realizado a partir del mapa de Christian Jacob y François de Polignac, *Alexandrie IIIe siècle av. J.-C.*, © Éditions Autrement, 1992

Pág. 9: Realizado a partir del mapa de Franck Goddio, ©IEASM/EarthSat

Primera edición: junio de 2014

Depósito legal: B. 9.491-2014

ISBN 978-84-08-12882-3

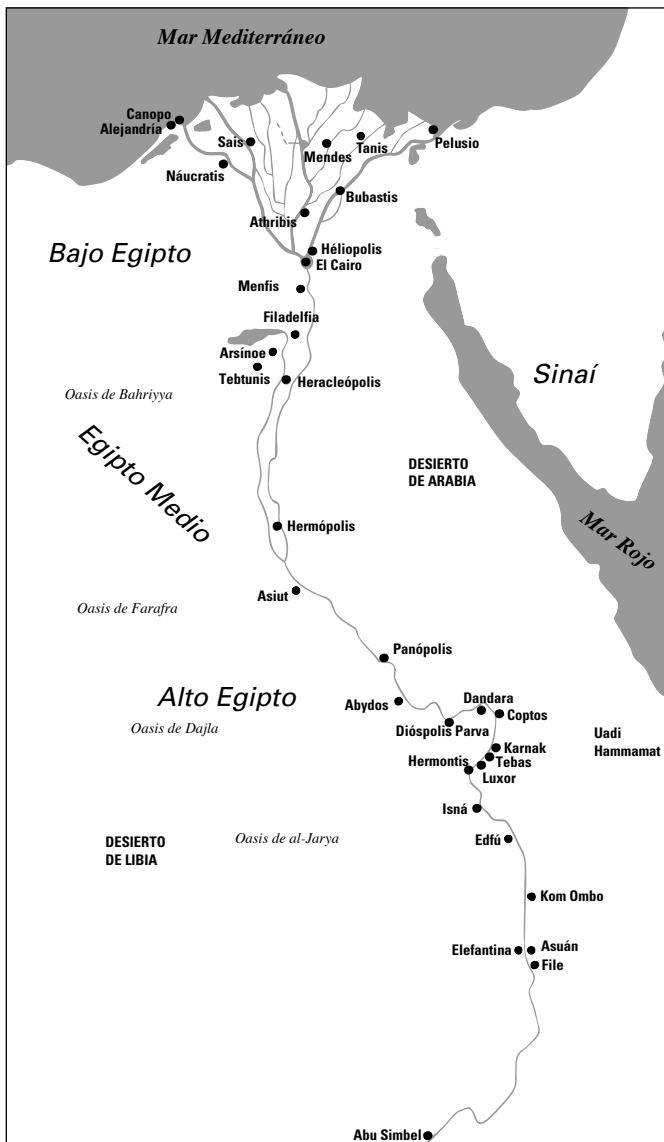
ISBN 978-2-84563-573-9, XO Éditions, París, Francia, edición original

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Unigraf, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

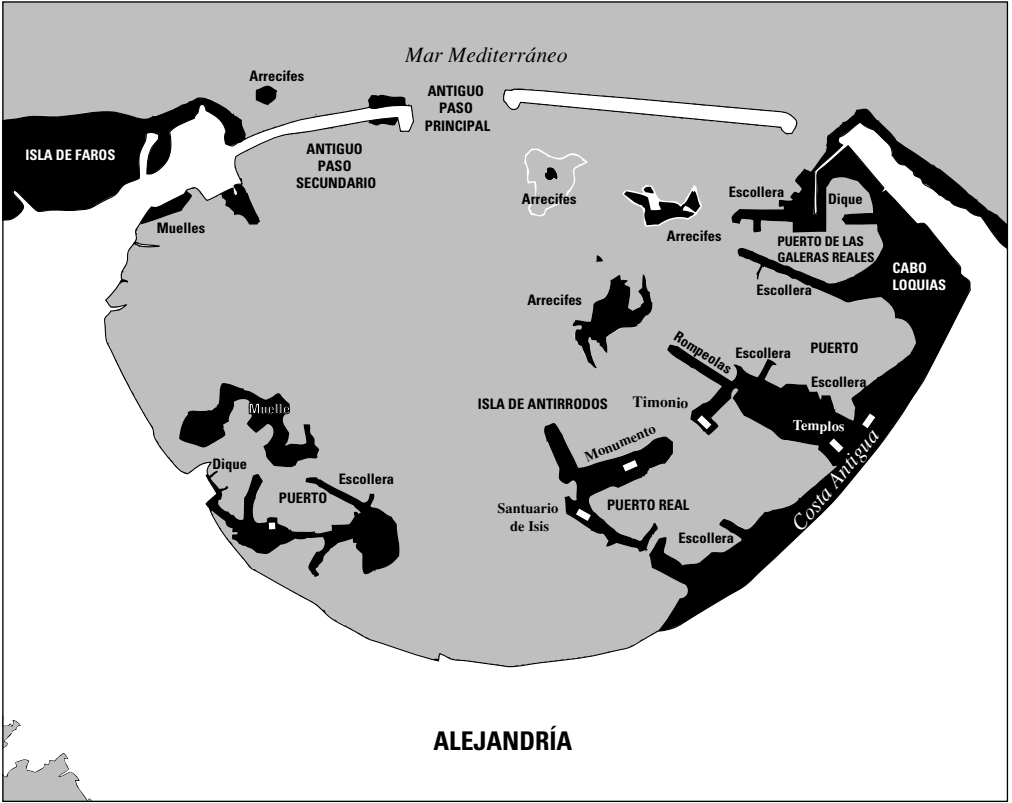


## EGIPTO EN LA ÉPOCA DE CLEOPATRA





## LA ANTIGUA ALEJANDRÍA



LOS PUERTOS DE LA ANTIGUA ALEJANDRÍA

La reina estaba desnuda.

Desde la terraza de su palacio, Cleopatra observaba, sin duda por última vez, su querida capital, la deslumbrante Alejandría.

El viento suave de la noche no calmaba su irritación. Ella, la soberana de Egipto, tierra amada por los dioses, la cual había creído conquistar y la cual perdía, ella, la dueña absoluta de un rico país, ¡reducida a la soledad y a la impotencia!

La llama que brillaba en lo alto del faro iluminaba el mar y atestiguaba la gloria de la ciudad fundada por Alejandro Magno<sup>1</sup> tras haber vencido a los persas y liberado a la antigua tierra de los faraones de una penosa ocupación. La biblioteca, el museo, los templos, el teatro, los palacios, el puerto, el faro... ¡Se había convertido en la dueña legítima de tantas maravillas a la muerte de su padre durante el eclipse de luna total del 7 de marzo de -51!<sup>2</sup>

1. En -331. Hemos adoptado la convención relacionada con las fechas de la mayor parte de las obras de historia actuales, es decir, -51 y no 51 a. J.C. como hacíamos hasta hace no mucho.

2. Para las fechas, véase S. Cauville, *L'Œil de Rê. Histoire de la construction de Dendara*, Pygmalion, París, 1999.

Su padre, Ptolomeo XII, era un cobarde, un corrupto, un obseso sexual que había vendido Egipto a los romanos. Apodado «el flautista»<sup>3</sup> por el pueblo, disfrutaba tocando ese instrumento en las orgías, donde se exhibía sin pudor y perdía toda la dignidad. Tras ser expulsado de Alejandría, había recuperado el poder contratando soldados romanos a precio de oro, lo que había provocado una crisis económica. En ese momento había una gran cantidad de mercenarios, sobre todo germanos y galos, engrosando las filas del ejército egipcio, un ejército que Cleopatra ya no controlaba.

Rabiosa, la joven de veinte años se arrancó el collar de perlas, se quitó las pulseras de plata y se lo arrojó todo a esa desagradecida ciudad que quería deshacerse de ella y entregarse a la codicia de una pandilla de conspiradores.

Cleopatra, que había nacido en Alejandría en enero de -69, en los aposentos de las concubinas de su progenitor, había ascendido al trono de Egipto a los dieciocho años. Un trono que, según las costumbres de los Ptolomeos, debería haber compartido con su joven hermano de diez años. Sin embargo, ¡la primera Cleopatra, nacida en -180, había reinado completamente sola tras la muerte de su marido!

Y la séptima Cleopatra, cuyo nombre significaba «Orgullo de su padre», la había imitado relegando a la sombra al pequeño y desagradable Ptolomeo XIII, al que odiaba. Al adoptar, no sin ironía, el sobrenombre de «Aquella que ama a su padre»,<sup>4</sup> prefería el título de

3. En griego, «el *auletes*».

4. Filopátor.



«Aquella que ama a su patria», ese Egipto de pasado ilustre que constituía la materia de todos sus sueños.

Y esos sueños se estaban transformando en una pesadilla.

Indignada ante tanta injusticia, la joven alzó las manos hacia la luna.

—Tú, que renaces y desapareces, ¡dame fuerzas!

¿Acaso no había demostrado su madurez y su valentía al afrontar la crisis financiera? Por culpa de las deudas de su padre, se había visto obligada a devaluar la moneda y a mandar fabricar nuevas piezas de bronce. Castigadas por períodos de hambrunas, las aldeas clamaban contra los insostenibles impuestos. Por eso, con el fin de mantener la riqueza de la capital, la soberana había firmado un decreto mediante el cual prohibía transportar los cereales procedentes del Egipto Medio a otro lugar salvo Alejandría bajo pena de muerte. Los graneros seguirían llenos, a los griegos no les faltaría el alimento.

Y eso no había sido más que el comienzo de un proceso de reformas que pretendía luchar contra la corrupción y con una burocracia omnipresente, de modo que se restableciera la prosperidad del país.

Pero Cleopatra se veía enfrentada a la mediocridad de su corte y a la maldad de su difunto padre. Le había solicitado al Senado romano velar por el cumplimiento de su voluntad testamentaria, por la cual exigía que compartieran el poder su hija mayor y su hijo menor, Ptolomeo XIII, un crío insufrible y presuntuoso que gozaba de poderosos apoyos.

Había tres hombres que manipulaban a esa marioneta y que habían decidido acabar con Cleopatra: el

eunuco Potino, jefe de gobierno; Teódoto, el erudito preceptor del reyezuelo, y Aquilas, cabeza del ejército. Además, Arsínoe, la hermana menor de Cleopatra, alentaba a ese trío maléfico: artera, ambiciosa y celosa, no aspiraba a otra cosa más que a llegar al poder.

La joven reina había menospreciado el peligro por falta de lucidez y de celo. Se había dedicado en cuerpo y alma a solucionar la crisis financiera y a imponer sus opiniones sin reparar en susceptibilidades. Se sentía capaz de dirigir el Estado desentendiéndose del testamento de su padre y de su sumisión a los romanos.

¡Roma, la gran potencia, displicente y altiva! Dos soldados, depredadores temibles, se enfrentaban para obtener su control: César y Pompeyo. Cleopatra había apoyado a este último con la esperanza de que se mantuviera lejos de Egipto y no cuestionara su autoridad. En -49 le había enviado víveres y soldados, y las malas lenguas sostenían que la reina se había convertido en amante del hijo de Pompeyo, destinado a Alejandría como embajador.

La joven de cuerpo perfecto adoraba el aroma de los jazmines, pero este no bastaba para eliminar el hedor de los chismes esparcidos por sus enemigos y por los miembros de su propia familia. ¡Ayer se encontraba en su apogeo y hoy era calumniada! Engañarse era inútil: la conspiración había triunfado, despojaban a Cleopatra de sus derechos en favor del cerdo de su hermano pequeño.

Con la cabeza alta, bañada por la luz de la luna, la reina sin trono se acercó al borde de la terraza. Desde su entronización, se había aficionado al poder y se había sorprendido olvidándose de sí misma: le daba igual

su propia reputación, solo la obsesionaba el futuro de su reino. ¿No le encomendaba el destino una misión, no le exigía que sacrificara su existencia por el nuevo Egipto?

En pocos meses, la soberana había enterrado a la adolescente, y la despreocupación había desaparecido dando paso al sentido de Estado. La habían educado para reinar; Cleopatra no se arredraría. ¿Para qué seguir viviendo si habían triunfado los sublevados?

La luz que procedía del faro la hipnotizaba y la tentaban las aguas del puerto, que brillaban con una claridad irreal. ¿Prisionera ella, sometida a un crío con corona? ¡Ni pensarlo!

Transformarse en ave, sobrevolar la bahía, llegar a alta mar y dejar tras de sí un mundo de mediocres... Cleopatra sonreía, abrió los brazos y se dispuso a alzar el vuelo.

—Majestad, ¡no lo hagáis!

Carmión, una sirvienta fiel, corrió hasta su señora y la cubrió con un velo de lino real. Era bajita, morena, con poca frente, nariz picuda y piernas gruesas. Carmión estaba consagrada en cuerpo y alma a Cleopatra. Con mano férrea, la llevó al centro de la terraza.

—Majestad, ¡hay que marcharse!

Como si despertara de un sueño, a Cleopatra le costó reconocer a su sirvienta.

—Marcharse...

—He oído una conversación aterradora por casualidad. Ya no estáis segura en palacio.

—¡Lucharé!

—Es inútil, vuestros enemigos son demasiado numerosos: vayámonos, ¡os lo suplico!

—Qué mal me conoces, Carmión.

—No tenéis ninguna posibilidad de ganar, eso creo yo.

Cleopatra titubeó.

Su sirvienta acababa de salvarla y la muerte ya la estaba acechando de nuevo... ¿Desfallecer una reina ante la adversidad, dejarse llevar por el pánico, comportarse como la mayor de las cobardes?

—Sed razonable —insistió Carmión—: si os marcháis, podréis seguir luchando.

—Aplastaré a esa chusma en mi propio palacio —decidió Cleopatra.